

ESCENA VII.

**Mal de muchas.**

EL MÉDICO.— ROSAURA.

«¿Qué mal, doctor, la arrebató á la vida?  
Rosauro preguntó con desconsuelo.  
—Murió, dijo el doctor, de una caída.  
—Pues ¿de dónde cayó?— Cayó del cielo.»

---

DEL SEÑOR

D. JOSÉ ANTONIO CALCAÑO.

---

LA NAVE.— SOBRE UNA TUMBA.  
AMOR É INOCENCIA.— AL CATUCHE.— LA LUNA Y LA TARDE.  
Á LA MUERTE.



LA NAVE.

---

Á EMILIA, MI HERMANA.

¿Por qué lloras? Deja el llanto.  
¿Qué es mi ausencia sino el vuelo  
De un ave, al alba? Y en tanto,  
¿No nos cubre con su manto  
Por doquiera el mismo cielo?

No merece tu plegaria  
¡Oh alma llena de piedad!  
Mi nave, aunque solitaria:  
Hay otra á quien más contraria  
Amaga la tempestad.

Y, al mover tu ruego amigo,  
¿Piensas que me alejo á solas,  
Piensas que no vas conmigo,  
Porque está en tierra tu abrigo  
Y mi casa va en las olas?

Todos al par tripulantes  
Somos de un mismo bajel;  
Todos somos navegantes:  
Los guerreros, los farsantes,  
Arador y timonel.

Tanto dice, tanto encierra  
Contemplar en desvarío



Las estrellas del vacío,  
Desde un puente de la tierra  
O en el puente de un navío.

Engaña el tiempo en el mar  
La ociosa tripulación  
Con la danza y el cantar;  
Quién tira el oro al azar,  
Quién juega su corazón.

Ve la gran nave que nada  
En el éter cristalino:  
Ciencia, gloria, cetro, espada  
¿Qué son en nuestra jornada?—  
Pasatiempos del camino.

Pena ó placer, dan lo mismo;  
Al que muere y al que vive  
Quebranta igual paroxismo;  
Todos van sobre un abismo,  
Hasta que el bajel arribe.

A todos nos lleva á un puerto:  
Todos tributo pagamos  
Al gran mareo, ello es cierto;  
Pero juntos todos vamos,  
Quién dormido y quién despierto.

Sí, no habrá al fin del viaje  
A la voz de «¡tierra!» sordo.  
¡Ay! ¿qué ha de ser, al enlaje,  
Cuando suelte su ropaje  
La mascarada de á bordo?

¿Qué del traidor, del falsario?  
¿Qué del que sangre vertiera?  
¿Qué de tanto victimario,

Cuando, en la mano el sumario,  
Halle al juez en la ribera?

¿Qué del mundo, si provoca  
Las justas iras del cielo  
Con saña blasfema y loca,  
Y, cual disparada roca,  
Al caos arrebatara el vuelo?

Di si aún temor por mí cabe  
¡Oh alma llena de piedad!.....  
Esa jornada es la grave:  
Ruega más bien por la nave  
Que lleva la humanidad.

(A bordo del *Rhone*, viniendo de América.)



SOBRE UNA TUMBA.

---

¡Qué cerca y al par qué léjos  
Están la muerte y la vida!  
El espesor de esa piedra  
Cuán hondo misterio implica!

De ella abajo todo es noche,  
De ella arriba todo es día.  
De ella abajo está la muerte,  
De ella arriba está la vida,  
Día y noche, vida y muerte  
Separa sólo una línea;  
Y ésa es la sola distancia  
Para la cual no hay medida.

---

AMOR È INOCENCIA.

---

*The night-dew tat falls, though in silence it weeps,  
Shall brighten with verdure the grave where he sleeps.*

Dos tesoros no más preció en la vida:  
Su perdida inocencia, su amor muerto.  
Así, pulsando el arpa, en voz sentida  
Esto cantó á las brisas del desierto:

«Cuando la noche que anubló tu frente,  
Con su denso crespón cubra la mia,  
Y el mundo á que voló tu alma inocente  
Abra ante mí su misteriosa via;

¿No hallaré, como el nauta en el ocaso  
Del héspero, ya oculto el sulco leve,  
Una fúlgida huella de tu paso,  
Que, guiando mi alma, á tí me lleve?

De esos ojos tan puros, cuya lumbré  
Me hablaba de los ángeles y el cielo,  
¿No veré yo la dulce mansedumbre  
En las santas regiones del consuelo?

¡Oh bienandanza, oh dicha verdadera,  
Si allá, anudando la infantil historia,  
Revolar otra vez en mí sintiera  
Los sueños del amor que fué mi gloria!



Y no ofende á los cielos mi delirio :  
Mi amor, al sol del trópico emulaba ;  
Mas su llama era pura como el cirio  
Que brilla ante el altar y en él se acaba.

Dilo, oh santa inocencia, que cubrias  
Con tus alas de ángel nuestra frente,  
Y las puertas del cielo nos abrias,  
De amor y beatitud la faz riente.

Casta inocencia, fuente bendecida,  
¿ Quién me enturbió tu linfa sosegada ?  
¿ Y á tí ; oh dolor ! quién te marcó la vida  
De la frágil violeta, en flor tronchada ?

¡ Oh Eden perdido ! ¡ Oh escurecida llama !  
Hoy vierto desolado el llanto mio,  
Como ciprés que en soledad derrama  
Sobre ignorada tumba su rocío.

Mas el rocío del ciprés, clemente,  
Vida infunde en redor con su frescura ;  
Y musgo y flores en festón luciente  
Visten la abandonada sepultura.

Al riego de las lágrimas que vierto  
Fenece todo en torno ; y su inclemencia  
Dice á mi corazón que todo ha muerto,  
Muertas ya para mí tú y mi inocencia. »

AL CATUCHE <sup>(1)</sup>.

ELEGÍA.

Pues si no yo, ¿ quién á tu márgen muda  
Vendrá, donde se asienta,  
La faz grave y ceñuda,  
La veste polvorienta,  
El estrago, y apenas tu auge cuenta ?

Llama al mortal la soledad en vano ;  
Tras el placer sin freno  
Otra voz no oye insano,  
Aunque más de ella el seno  
Del acento de Dios palpita lleno.

Ya de verdor y pompa te cubrias ;  
Hoy el dolor te viste :  
Ya alegre discurrias ;  
Ni muestras lo que fuiste,  
De quebrantado y silencioso y triste.

Apénas tus ruinosas hondonadas

(1) Rio, hoy casi exhausto, que corre al norte de Caracas, extremo en donde sembró más ruina el terremoto de 1812.



Vense allá en la altura  
De verde coronadas;  
Que escasa tu onda pura,  
Ni áun te basta á llorar tu desventura.

Ni una voz, ni un rumor presta ya al eco  
Tu cauce silencioso:  
En el recinto hueco  
De tu álveo peñascoso,  
Sólo al viento vagar se oye silboso;

Y sin un ave alegre, al tedio ayuda  
De tu hado sombrío  
La tórtola viuda,  
Que en doloroso pío  
El seno atrista del breñal bravío.

Mas ¿quién te emulará, ni así cuitado?  
No Anauco el de las flores,  
Ni Guaire el celebrado:  
¡Qué pompa y qué loores!  
¡Qué cantares tuviste, y qué pastores!

Corpulento samán, ya en gloria eterno,  
Dame nuevas, si tienes,  
De aquel pastor tan tierno  
Por quien tan alto vienes,  
De flores y verdor cintas las sienes (1).

(1) El presbítero D. José Cecilio Ávila, que rescató del hacha de un leñador el famoso samán del Catuche.

Dime si, quebrantando el largo exilio  
Por venturoso caso,  
Al buen pastor Cecilio  
Viste una noche acaso  
A tu sombra mover augusto el paso.

Y, pues amor y vida le mereces,  
¿Cómo por más estrecho,  
Ni un renglon en tí ofreces  
Que pague tu provecho  
Y diga la nobleza de aquel pecho?

Ni ménos plauso y eternal memoria  
Debes, por sus canciones,  
Al que narró tu historia  
En tan acordes sonos,  
Que á oírle se tuvieron las naciones (1);

Aquel Dámis, amante de la Emira,  
Simplecilla pastora,  
Que una vez con su lira  
Tornó blanda y sonora  
La voz de la tormenta bramadora.

¡Ay! tu dulce cantor cayó sin vida:  
Cayó la noble frente  
De lauros mil ceñida;  
Mas del hogar ausente.....

(1) Alúdese á Rafael María Baralt, y á sus deliciosos idilios *El árbol del buen pastor* y *La tempestad*.



Cuanto glorioso fin, tanto doliente.

*¿Turbio catuche, tu camino usado,  
Ya entre zarzas perdido,  
Ni una huella ha guardado  
De tu pastor Bellido,*

Tan docto en el cantar como sentido? (1).

¡Oh amor, oh gloria, oh timbre americano!

Rompiendo su barrera,  
Borrará el Oceano  
Cuanto América fuera,

Antes que en ella tu memoria muera.

¿Pero será, Catuche solitario,

Que tu recinto agreste  
Asilo y santuario  
A tanta virtud preste,

Y que tan pocos al ejemplo apreste?

¡Ay, cómo extiende la pasión su fuego!

¡Cuánto furente amago!

Al amor ¡qué despego!

Al odio ¡cuánto halago!

¡Cuánto de sangre y lágrimas y estrago! (2).

¡Oh río, oh río! el duelo me quebranta;

---

(1) El inmortal Andrés Bello tenía predilección por este río, muy cerca del cual nació.

(2) Venezuela ¡á Dios gracias! es hoy muy otra de cuando se escribieron estos versos.

Y á tan honda amargura  
Se anuda en la garganta  
La voz, si humilde, pura,  
Que intentó querellar tu desventura.

Manes de los repúblicos preclaros,  
Mañana, al sol naciente,  
Yo volveré á invocaros  
Con alma reverente,  
Fortaleza á buscar en vuestra fuente.

Vuestra noble virtud, sagrada tea,  
Alumbrará mi vía;  
Y así mi nombre sea,  
Pues que no gloria, un día  
Honra modesta de la patria mía.